

Paula Hunziker, Natalia Lerussi, Gisela Suazo
(compiladoras)

Las humanidades, la filosofía y el presente

Claudia Bacci, Fernando Bahr, Soledad Barsotti, Alejandro Cerletti,
Cintia Córdoba, Leonardo Eiff, Julián Ferreyra, Javier Flax,
Paula Hunziker, Patricia Knorr, Claudia Lavié, Natalia Lerussi,
Mario Lipsitz, Carlos Longhini, Paula Maccario, Juan Nesprías,
Andrea Paul, Mariano Requena, Eduardo Rinesi, Gustavo Ruggiero,
Natalia Sabater, Anabella Schoenle, David Sibio, Matías Soich,
María Jimena Solé, Gisela Suazo y Sebastián Torres

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Las humanidades, la filosofía y el presente / Claudia Bacci... [et al.] ; compilado por Paula Hunziker ; Natalia Lerussi ; Gisela Suazo. - 1a ed. - Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021.

286 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades ; 48)

ISBN 978-987-630-520-4

1. Filosofía. 2. Emancipación. 3. Ciencias Sociales y Humanidades. I. Bacci, Claudia. II. Hunziker, Paula, comp. III. Lerussi, Natalia, comp. IV. Suazo, Gisela, comp.

CDD 199.82

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@campus.ungs.edu.ar

ediciones.ungs.edu.ar

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa

Diseño de tapa: Daniel Vidable

Diagramación: Eleonora Silva

Corrección: Edit Marinozzi

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Impreso en Oportunidades S.A.

Ascasubi 3398, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

en el mes de abril de 2021.

Tirada: 100 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

En memoria del profesor José Pablo Martín

Índice

Prólogo <i>Paula Hunziker, Natalia Lerussi y Gisela Suazo</i>	13
--	----

Los desafíos actuales en el campo de la enseñanza de la filosofía

El deseo de filosofía, hoy <i>Alejandro Cerletti</i>	25
---	----

Sobre la enseñanza de la filosofía y su condición de disciplina humanística <i>Carlos Longhini</i>	31
---	----

¿Qué debemos pensar de nuestro pensamiento? <i>Gustavo Ruggiero</i>	39
--	----

Filosofía, su enseñanza y la coyuntura <i>Juan Nesprías</i>	45
--	----

¿De la calle al aula?: educación, derechos humanos y política <i>Claudia Bacci</i>	55
---	----

La educación en cinismos pasados y presentes <i>Claudia Lavié</i>	67
--	----

La historia de la filosofía y el presente de las humanidades

Volver a los griegos. Una reflexión de la política como conflicto <i>Mariano J. Requena</i>	79
--	----

El estudio de las ciencias humanas y la historia de la filosofía. Pensar el Renacimiento y sus aportes filosóficos <i>Andrea Paul</i>	89
---	----

Notas sobre Maquiavelo y la lengua nacional <i>Sebastián Torres</i>	99
Tragedia y repetición <i>Eduardo Rinesi</i>	109
La filosofía en el ámbito pedagógico de las Luces: Rousseau y Fréret <i>Fernando Bahr</i>	119
Sobre algunas ideas en Friedrich Schiller. Un pensamiento presente <i>María Soledad Barsotti</i>	127
Fichte y la moral para académicos. Reflexiones acerca de las humanidades en el presente <i>María Jimena Solé</i>	131
 Contribuciones contemporáneas a la investigación en humanidades	
Las ciencias del hombre ante la cuestión de la vida <i>Mario Lipsitz</i>	143
Representación, vida e intersubjetividad. Una lectura henriana de <i>La invención de Morel</i> de Adolfo Bioy Casares <i>Patricia Ema Knorr</i>	153
Notas para una fenomenología del presente de la desaparición a partir de Emmanuel Lévinas <i>Gisela Suazo</i>	163
Hannah Arendt y el trabajo de las humanidades <i>Paula Hunziker</i>	173
Las humanidades y el presente en algunas reflexiones de Hannah Arendt <i>Paula Maccario</i>	185
Un recorrido por el concepto de intelectual: de los nuevos a los viejos filósofos <i>Cintia Córdoba</i>	195

“Pero los mataderos que se encuentran detrás, éstos sí que son reales”. <i>Párrafos</i> acerca de la práctica académica en filosofía <i>Natalia Sabater</i>	205
---	-----

La filosofía y las humanidades ante el neoliberalismo

Apropiación y resistencia de las humanidades en el semiocapitalismo <i>Matías Soich</i>	217
--	-----

El Estado de la filosofía <i>Julián Ferreyra</i>	227
---	-----

Para una crítica del dispositivo de poder/crear neoliberal <i>Javier Flax</i>	235
--	-----

La bestia cruel: filosofía política, psicoanálisis y televisión <i>David Sibio</i>	247
---	-----

Humanidades a(fe)ctivas: virtuales, actuales y reales en circulación <i>Anabella Schoenle</i>	257
--	-----

Sobre la inaplicabilidad y la productividad de las humanidades. Reflexiones sobre <i>La biblioteca roja</i> <i>Natalia Lerussi</i>	267
--	-----

La experiencia de lo múltiple. La Revolución y el desborde de las teorías <i>Leonardo Eiff</i>	279
---	-----

La experiencia de lo múltiple

La Revolución y el desborde de las teorías

Leonardo Eiff
UNGS-Conicet

La reflexión sobre el totalitarismo es uno de los nudos medulares de la teoría política contemporánea. El acontecimiento moderno a partir, o desde el cual, *lo político* puede ser recreado. El contraste ontológico entre lo uno y lo múltiple, lo mismo y lo otro, la identidad y la diferencia, el hombre y los hombres, la unidad y la pluralidad, adquieren politicidad cuando se desplazan al análisis del fenómeno totalitario. Por supuesto que el *polemos* se cifra en su relación con la modernidad —con el proyecto moderno—. Cuatro grandes textos escritos hacia el final de la guerra y comienzos de la segunda posguerra lo revelan, es conocido de sobra, no voy a abundar. Apenas los nombro: *Los orígenes del totalitarismo*, *El asalto a la razón*, *Dialéctica de la ilustración*, *La sociedad abierta y sus enemigos*. Foucault en las contadas páginas que le dedica a la biopolítica sostiene que es común el mecanismo del biopoder (la imbricación entre el añejo derecho soberano a dar muerte y el moderno poder de hacer vivir) a todos los tipos de Estados modernos, los capitalistas y socialistas; el nazismo solo llevó al paroxismo aquello que está inscripto en la propia dinámica del mecanismo. Se conocen las páginas que pergeñó Agamben, combinando astutamente la arendtiana perplejidad de los derechos del hombre con la biopolítica de raíz foucaultiana. De todas formas, el conjunto de textos que cincelamos condensan la mayor intensidad de su reflexión en las matanzas administrativas, biopolíticas, en el *lager* como paradigma de la espacialidad moderna, consumadas por el nazismo. Se señaló oportunamente que el magno libro de Arendt adolecía de una investigación en torno a los orígenes del estalinismo; este irrumpía, como un rayo en el cielo sereno, en las páginas dedicadas a los sistemas totalitarios, pero sus orígenes no pueden cifrarse ni en el racismo ni en el imperialismo. En rigor, el totalitarismo de Stalin tiene una función comparativa, espejada, que, sin duda, cimentó un amplio campo de indagaciones: comparar ambos sistemas,

cuyo parecido de familia acabó, paradójicamente o no tanto, en un antagonismo sangriento. El racismo es señalado por Foucault con el objetivo de trazar una diagonal entre nazismo, capitalismo imperialista y socialismo soviético. Con una particular dureza, Foucault destaca los rasgos racistas del movimiento socialista durante el siglo XIX; cuando este abandonaba su tranquila filosofía de la historia y politizaba sus luchas lo hacía en términos racistas: así, raza y clase eran intercambiables, vasos comunicantes. Interesante, pero escueto si queremos bucear en los orígenes socialistas del totalitarismo estalinista. Siguiendo a Agamben, en efecto, puede concebirse al Gulag como espacio biopolítico cuyos moradores fueron reducidos a la nuda vida; sin embargo, el nazismo sigue siendo el paradigma y la URSS de Stalin una variable comparativa. Incluso a la inversa: “... el Gulag es anterior a Auschwitz”, frase que intenta sopesar de otra manera los énfasis e inscribir el horror en el marco de una guerra civil europea que brota de la consigna leninista: transformar la guerra imperialista en guerra civil de clases, antes que de *Mein Kampf*. Coqueteo con el libro de Ernst Nolte. La baraja siempre puede volver a darse, intercambiar las cartas, pero es difícil salir del cotejo de atrocidades. Se observa en Solzhenitsyn, quien con su ironía seca y su clamor de justicia (cito de memoria): “... no usamos gas porque no teníamos gas”; “por lo menos los aliados y los alemanes juzgaron a los jefes nazis, pero aquí Molotov sigue en su Dacha”, añade otro parangón.

Nombré al escritor y profeta ruso; debo, es obvio, mencionar al autor que extrajo las más hondas consecuencias filosófico-políticas del *Archipiélago Gulag*. Lefort completa, de alguna manera, el vacío dejado por Arendt y coagula sus reflexiones en torno al totalitarismo soviético. La URSS, cuatro palabras cuatro mentiras, decía Anton Ciliga. Desde joven, Lefort expande este aserto y va afilando sus armas teóricas hasta organizar un campo de intelección que, para decirlo rápido y no muy bien, funciona casi solo. Se observa en uno de sus últimos ensayos: *La complicación. Retorno sobre el comunismo*. En rigor, la complicación es para los otros –Furet *et al.*–, para los resortes políticos modernos, pero no para Lefort quien distingue, aclara, precisa, señala incomprendiones y ajusta cuentas. Aunque sagaces, iluminadoras, debemos señalar que el pensamiento lefortiano sobre el acontecimiento moderno por excelencia, encuentra su punto de inteligibilidad en el contraste, cuando no en un permanente esbozo comparativo. Al comienzo, se trata de anteponer la revolución proletaria a la burocracia soviética. Recuperando la tradición del marxismo revolucionario y antiestalinista, –y nunca está de más recordar que las primeras críticas que denuncian el totalitarismo de Stalin provienen de las izquierdas–, se analizan, lo hace Castoriadis, “las relaciones de producción en la URSS”, el sentido de

la Revolución húngara, “el totalitarismo sin Stalin”, etcétera, confrontando el compañerismo de ruta de Sartre, “el único abogado del PCF que puede leer una persona inteligente” (Lefort, 1979: 256), desde el horizonte de la Revolución. Esto es, la sociedad burocrática guarda en su interior el germen de la Revolución. Más adelante, lo sabemos, Lefort indaga un nuevo contraste: enfatiza en el totalitarismo antes que en la burocracia y trueca la perspectiva revolucionaria por la experiencia democrática. En suma, si la comprensión de los dos totalitarismos ilustra sus parecidos de familia, comparaba por semejanza; ahora la intelección de la democracia vehiculiza el contraste, comparación por diferencia, con su *otro* moderno. Estamos ante un nuevo ciclo del persistente cotejo, que se fue expandiendo desde los años setenta hasta nuestro presente. No hace falta abundar.

Cierta tradición historiográfica, con interesantes reenvíos hacia la sociología política, cuyo emblema son los trabajos de Sheila Fitzpatrick, desconfía de la teoría política del totalitarismo. El libro que auscultaré es un ejemplo. Su lectura puede desentumecer algunos consensos, horadar la parálisis de la comparación e incluso comenzar a preguntarse por la validez heurística de algunos ejes teórico-políticos empleados para atisbar el ciclo de Revolución que se inauguró hace hoy cien años. El libro es *Terror y utopía. Moscú en 1937*, y su autor: Karl Schlögel.

“En el transcurso del trabajo de este libro se puso también de manifiesto, claramente, lo poco que sabemos hasta ahora sobre la producción del Imperio soviético en época de Stalin, sin cuyo conocimiento no podemos siquiera hablar de un *poder total (o totalitario)*” (Schlögel, 2014: 28; el destacado es del original). De la matriz espacial y temporal del territorio, de su población en tránsito, de la falta de solidez de la estructura social, se deduce, cuando se la observa con detenimiento, “la poca base que tienen muchas de las comparaciones con el nacionalsocialismo, algo a lo que, explícitamente renunciaremos en este trabajo” (ídem). El despeje de la tiranía comparativa, el concurso de horrores, es crucial para cualquier estrategia de investigación que rehuse repetir la cantinela del extravío revolucionario. Su resonancia marxista, producción, territorio, población, matriz, base, alude, sin embargo, menos a la materialidad económica que al discurrir cotidiano de la sociedad. Pero sin duda existe la vocación por anclar la indagación y, por así decirlo, desde abajo lanzar guadañazos comprensivos a través de pequeños capítulos impresionistas. Así, indaga el poder menos en su cristalización institucional que en su contradictorio despliegue territorial, o atiende menos al muro del Kremlin por donde se asoman los gobernantes que a las ocasionales observaciones de testigos de las di-

versas ceremonias, festivas o fúnebres. El libro se ciñe a una ciudad y a un año; fija un tiempo y un lugar, y comienza a desandar sus estratos diversos y yuxtapuestos. Narrativa de la simultaneidad, estilizada y por escorzos, sustentada en los cronotopos elaborados por Bajtín; caleidoscopio que pretende renovar la percepción histórica reuniendo los pioneros estudios arendtianos sobre el totalitarismo con la transformación de los estudios de historia social soviética liderada por las investigaciones de Sheila Fitzpatrick. Doy algunos ejemplos, no como comparación y contraste, sino como simultaneidad y ambigüedad. La expansión del trabajo en los campos y la transformación modernizadora del espacio urbano. Moscú está en construcción: se amplía la red de subterráneos, se ensanchan calles y avenidas, se inauguran parques culturales y recreativos, se destruyen iglesias y se construyen modernos edificios, crece la producción, brotan fábricas, la sociedad soviética gana en urbanidad. La ciudad acoge una población creciente y comienza a tener de modo acelerado los típicos problemas urbanos de las ciudades durante el último medio siglo. La construcción del canal Volga-Moscova, una ciudad junto al mar, es un caso notable: una ingeniería novedosa, en la frontera del conocimiento técnico, que combina belleza artística (como el subte de Moscú) en las estaciones fluviales, esclusas, terminales y puertos, una *obra de arte total*; todo ello, realizado por un contingente de trabajadores provenientes de todos los campos de trabajo de la URSS, que constituyeron un archipiélago Gulag en las puertas de la capital, un laboratorio del hombre nuevo. El campo contaba con un museo, archivo, orquestas de música popular y clásica, se realizaban conferencias de poetas y conciertos de compositores, existían órganos de prensa, clubes deportivos, se invitaba a jugar al Dinamo y al Spartak. Todo un diseño artístico y social orientado hacia la rehabilitación-resociabilización. Su artífice: Semión Firin. Un humanista, quien invitaba a escritores y artistas a la ruta del canal, premiaba a los mejores trabajadores y se esforzaba por reducir sus condenas. La solemne inauguración, con la presencia de Stalin desde ya, coincidió con el arresto de los altos directivos de las obras; incluido Firin, quien fue fusilado en las purgas junto a toda la plana mayor de la NKVD conducida por Yagoda. Otro ejemplo: los archivos desclasificados tras la caída de la URSS permitieron el conocimiento de la sala de máquinas del terror. El pleno del comité central de febrero-marzo del 37 planificó su desencadenamiento: la policía secreta dividió el territorio y estableció cifras de arrestos de acuerdo con la distribución espacial de los enemigos objetivos. Las policías locales no podían aumentar el número por su cuenta, debían, para ello, elevar un pedido a la comisión bilateral conformada por el jefe de la NKVD Yezhov y el fiscal general Vyshinski. La competencia por en-

contrar nuevos enemigos y elevar pedidos se desató. El resultado: a lo largo de los años 37 y 38 se arrestaron alrededor de 2 millones de personas, 800 mil fueron fusiladas y 1 millón 200 mil enviadas al Gulag. En noviembre del 38 el Politburó clausuró la etapa, Stalin y Molotov criticaron los excesos del Comisionado para asuntos internos: Beria reemplazó a Yezhov, quien fue fusilado dos años después. Al mismo tiempo, durante todo el año 37 se despliega la campaña electoral, cuyas elecciones, libres y secretas, consagrarían la nueva Constitución, el *Novy mir* soviético. La Carta magna terminaba con las antiguas discriminaciones de clase (en las constituciones del 18 y del 28 el voto obrero valía por 20 respecto al de los campesinos, las clases poseedoras estaban privadas de derechos políticos), reconocía la existencia de un pueblo soviético y el principio de un hombre, un voto. Correlato institucional de la proclamada instauración triunfante del socialismo, que había barrido con las clases. Lo notable es que el gobierno, o un sector importante de él, pretendía realizar elecciones generales, libres y secretas. Schlögel considera que no era un mero ardid, sino un intento concreto por dotar de una legitimidad masiva a un régimen emergente que nacía débil, producto de la violencia inaudita a través de la cual se constituyó. La inminente eliminación constitucional de la discriminación produjo la aceleración de la solución final para la cuestión social: liquidar los restos de la vieja sociedad para que manara la unidad del pueblo soviético. Por otra parte, existe simultaneidad entre estos momentos atroces, fúnebres, y la rebotante vitalidad del pueblo soviético, joven, fulgurante, confiado y luminoso. Conquista del espacio aéreo, conquista del polo norte, récords y más récords en variados ítems, cuerpos atléticos, esbeltos y esculturales, que desfilan por la Plaza Roja y causan el asombro admirativo de André Gide. Toda una política del cuerpo, las masas como ornamento; la Plaza Roja es desfile y patíbulo. Esculturas de deportistas decoran las nuevas estaciones del metro (“el más bonito del mundo”, sentencia un escritor alemán exiliado); y la famosa escultura *El obrero y la koljosiana* (a cargo de Vera Mújina) construida para la exposición Universal de París, celebra la belleza del cuerpo humano, joven y pujante. En efecto: “... el stalinismo es juventud más poder soviético” (ibíd.: 406). Schlögel corrige la conocida consigna leninista. Ahora bien, en lugar de imbricar los rasgos de la cultura de masas soviética con lo que sucede en la vecina Alemania, nuestro autor cruza el océano y organiza un diálogo con la cultura moderna norteamericana. Hollywood, las fábricas Ford y General Motors, la pasión por el avión, por producir récords algo absurdos, pero también el capitalismo de bienes y servicios: vestimenta, aparatos para el hogar, *fast food* y *drugstore*, suscitan deseos de “emulación socialista”. Viajes cruzados (las notas

del embajador norteamericano Joseph Davies, cuya posterior leyenda de ingenuo y torpe testigo no parecen ser del todo ciertas, el discurso de clausura del congreso de arquitectos soviéticos a cargo de Frank Lloyd Wright, *La América de una planta*, entusiasta libro de viajes escrito por la pareja de escritores soviéticos Iliá Ilf y Yevgueni Petrov, editado en 1937); sociedades que se espejan en su arrojo hacia lo nuevo, el futuro frente a la decadente Europa, que, además, comparten el gobierno sobre vastos territorios, poblaciones diversas, que producen una percepción del tiempo y el espacio singular, divergente respecto a los clásicos Estados-nación europeos. Así, por ejemplo, el proyecto del Palacio de los Sóviets debe compararse menos con el monumentalismo fascista que con los rascacielos neoyorquinos como el Rockefeller Center o el Radio City Music Hall.

Su lectura trasluce la vinculación entre juventud y violencia, la tensión de los músculos y el impulso, a menudo aciago, pero siempre centelleante. Es la fuerza del estalinismo frente a las buenas razones de los intelectuales con anteojos (ver la visión de los potentes, sangrientos y bellos cosacos desde el punto de vista del narrador con gafas en *Caballería Roja* de Isaak Babel). Su correlato sociopolítico es la consagración de “los hijos del orden soviético” que ascienden hacia puestos de mando; es la nueva “*intelligenstia* proletaria” que corporiza la revolución de Stalin. De todas formas, este trasvasamiento generacional —que el historiador encuadra y explica— sucedió, fue vivido, según los principios de “la arbitrariedad, lo repentino, la conmoción, lo inesperado, la desaparición y la disolución de las diferencias entre lo real y lo fantástico” (ibíd.: 20). Menos bajo un poder totalitario sin fisuras que en el vaivén entre el humanismo y el terror. Schlögel, para mi sorpresa, recupera el polémico ensayo de Merleau-Ponty. El enigma no lo ha abandonado desde su lectura. ¿Cuál enigma?

A pesar de toda la labor de esclarecimiento con la que contamos en la actualidad sobre la minuciosa preparación de los juicios, sobre todo el trabajo de dramaturgia y de instrumentalización de dichos procesos. A pesar de todo lo que podemos decir hoy día [...] sigue quedando ese momento de perplejidad ante algo fantasmal e incomprensible (ibíd.: 122).

Escrutar el enigma. El pensar insiste allí, entre varios a pesar de... El mérito mayor del libro es reabrir el problema y colocarlo en la simultaneidad del entre, y aunque creo mejor pensar entre el humanismo y el terror que entre el terror y la utopía; el reenvío hacia Merleau-Ponty acaso ayude a socavar las comparaciones obvias entre los dos fatídicos monstruos o los abusos arendtiano-lefortianos para reflexionar-condenar el ciclo político inaugurado en 1917. Pero debemos hacerlo

mejor que Horacio Tarcus en su intervención en la polémica sobre la Carta de Oscar del Barco a fin de evitar, entre otros tropiezos, los certeros sarcasmos de Elias Palti; o sea: procurarlo con el acompañamiento de investigaciones como la de Karl Schlögel.

Concluyo. El libro cumple el lema de Enzo Traverso: historizar el comunismo. Y hace algo más: cruza la teoría política, la filosofía, con los estudios historiográficos, urbanos, y sociopolíticos. Es un ensayo. Y quiero enfatizar en la palabra: ensayo. Allí se encuentra con Merleau-Ponty. Enorme y desbordante, revela que las humanidades son posibles si dejan de ser disciplinas, con sus previsible cajas de herramientas, y en lugar de guarecerse en la complejidad multicausal de los fenómenos acometen investigaciones múltiples, desbocadas, terroríficas y humanas. Como el fracasado Palacio de los Sóviets o el victorioso libro del que ya abusé demasiado.

Bibliografía

- Lefort, Claude (1979). *Éléments d'une critique de la bureaucratie*. París: Gallimard.
- Merleau-Ponty, Maurice (1980). *Humanisme et terreur*. París: Gallimard.
- Schlögel, Karl (2014). *Terror y utopía, Moscú en 1937*. Barcelona: Acantilado.